

mos, a la falta de una terminología comúnmente aceptada y compartida en este terreno.

En definitiva, es de agradecer la aparición de este pequeño libro, original en su planteamiento y contenido, y a la vez enormemente inspirador para profundizar con rigor en uno de los problemas centrales de la ética. Un problema filosófico del que aún resta mucho por dilucidar a los estudiosos de la ética.

Sergio Sánchez-Migallón

Pedro PARICIO AUCEJO, *La pasión de vivir*, San Esteban («Ariadna», 5), Salamanca 2005, 115 pp., 14 x 22, ISBN 84-8260-161-X.

En esta breve obra el autor nos conduce desde la vida que recibimos hasta la vida que de verdad y en el fondo queremos vivir. Pero no es un recorrido fácil ni breve, exige todo el aliento de nuestro carácter y la fuerza de toda nuestra vitalidad y, finalmente, la ayuda sobrenatural de Dios por Jesucristo.

El autor comienza con una fenomenología de la vida que apunta a subrayar los elementos fundamentales y las características decisivas de la misma: integridad, movimiento, regalo e inmediata evidencia o transparencia. Pero la vida siempre es algo más, tiene que ver con la totalidad de la realidad y está impulsada interiormente desde el sentido de su propio discurrir. «Se aprecia la presencia de este sentido cuando da sabor a la existencia sin notarse. Extraño, misterioso, atractivo sentido, cuya sola presencia hace que las cosas sean lo que son, que alcancen su autenticidad y, al mismo tiempo —en este alcanzar su autenticidad—, alcancen también la autenticidad» (p. 23). «Por ello, nuestro

ser no puede detener su perpetuo anhelo de «seguir adelante», su ansia de una segura realidad mejor, su inagotable tendencia de ir hacia un «más allá» (pp. 24-25). Por eso es siempre un «continuo volver a empezar», una conquista, un quehacer, una tarea, una acción. «Vivir es esforzarse» (p. 30), pero se trata de un esfuerzo que es «también satisfactorio» (p. 31). Por eso el dolor, el fracaso y el sufrimiento son imprescindibles para crecer y alcanzar nuevas posibilidades. «El dolor es una amarga pero necesaria escuela de madurez vital (...) porque estamos movidos por el amor» (p. 39). De este modo se expresa la clave de la dialéctica existencial humana y se avista la fuerza misma de la persona. El amor y la libertad van de la mano: «no se es realmente otro ser desvinculado de aquel al que se ama, ni se está tampoco bajo su dominio (...) Es su dependencia la misma condición de su libertad» (pp. 42-43). Por eso, «amar es vivir de veras» (p. 48). Y de ese modo comparecen los encuentros que encauzan la vida y le dan la textura justa: abren la intimidad de cada persona. Y desde la intimidad la vida se convierte en un arte, en el arte por excelencia.

El arte de vivir depende radicalmente del poder de la propia vida. Y así nos encontramos en el decisivo capítulo 9. La vida que crece armoniosamente a través del amor ha de ser sostenida por la esperanza porque su destino es la misma inmortalidad. «¿Cómo conformarnos con la fugacidad de lo efímero cuando, instante a instante, nos acucia un ansia de permanencia?» (p. 75). «Es, pues, la esperanza apertura a la plenitud de ser (...) tenemos de realidad lo que tenemos de esperanza» (p. 77). Así llegamos a ser «peregrinos de eternidades» (p. 81) en las que se encierran todos nuestros querer. Este capítulo termina con una cita de la *Redemptor hominis* de

Juan Pablo II, según la cual Jesucristo es el final cumplimiento de la vocación del hombre. Precisamente porque la vida va más allá de esta realidad que vivimos, con sus limitaciones y su mortalidad, la realidad es mucho mayor que el tiempo cronológico de nuestro vivir y la realidad limitada a nuestra propia biología. Por eso la verdadera realidad va indisolublemente ligada a la trascendencia de la misma idealidad de la vida humana. Por esa razón, aprender a vivir significa aprender a ser feliz, lo cual se realiza primordialmente en el seno de una familia y cuando se encuentra al Dios de la vida. «Sólo se llega a ser auténtico hombre si se experimenta definitivamente aquello a que ha sido destinado su ser y se es plenamente» (p. 105).

El recorrido acaba en Jesucristo: «Desde el momento en que Dios se revela en la persona de Cristo y se encarna en la historia, no se puede ser indiferente a su paso por el mundo ni cabe confundirlo con cualquier otro camino» (p. 107). De este modo se alcanza el objetivo propuesto: sólo aceptando a Cristo logramos de verdad y en último término «amar la vida apasionadamente» (p. 113). Estas páginas constituyen, por tanto, un prolongado y profundo razonamiento apologetico que partiendo de la misma vida y de su entendimiento filosófico alcanza los hilos argumentales esbozados en el cuarto evangelio.

Enrique R. Moros

Josef PIEPER, *Introducción a Tomás de Aquino. Doce lecciones*, Rialp («Biblioteca del cincuentenario»), Madrid 2005, 182 pp., 13 x 20, ISBN 84-321-3539-9.

Hay que agradecer de nuevo a la editorial Rialp esta pequeña joya que ha engastado en su Biblioteca del cincuen-

tenario. Pieper ha sido uno de los tomistas más destacados del s. XX, y a la vez ha sido uno de los filósofos más interesantes de la postguerra mundial. Si tenemos en cuenta, además, que escribe de modo excelente y conoce al detalle la filosofía medieval, entonces se entenderá perfectamente que estas páginas constituyan a la vez una lectura de verdadero placer y resulten enormemente iluminadoras y formativas.

Pieper recoge aquí unas lecciones universitarias para alumnos de todas las facultades. No se trata, pues, de una obra de erudición, de investigación, o en la que se presenten solamente aspectos originales de su pensamiento. Se trata de algo a la vez más importante y más humilde: se trata de hacer accesible al lector culto el perfil biográfico y los detalles más relevantes del pensamiento del «Doctor Universal» de la Cristianidad, porque aún hoy la aventura de su vida y la profundidad de su pensamiento siguen siendo un desafío para nosotros.

El autor comienza situándonos en el contexto de su época: los problemas e ilusiones de sus contemporáneos, el contexto familiar y eclesial de su vida, la aparición de las nuevas órdenes religiosas, el reencuentro de Aristóteles en Occidente y el desarrollo del sistema de enseñanza del s. XIII. De ese modo, el pensamiento de Santo Tomás mientras se presenta como algo sumamente encarnado en su tiempo, se revela también como un pensamiento vivo, capaz de ofrecer respuestas, de abrir caminos de sentido, de entusiasmarlos a nosotros mismos.

En estas doce lecciones el autor no intenta ofrecer una discusión sobre temas especializados o académicos, tampoco presenta una interpretación original de su pensamiento, y de ningún